

de agua empacada, que puede dejar caer desde lo de alto las montañas, bañar los picos de nieve de la Sierra y convertir en lagos los valles que se extienden á sus piés.

En los bancos hay varios pozos de trecho en trecho y sus túneles: hay cerca de 300 millones de metros cúbicos de tierra aurífera, que se cree contienen, mejor dicho, que contiene cientos de millones de pesos. El ingeniero de esas obras titánicas se llama M. Hamilton Smith.

—Usted que es compadre de las musas, me decía M. Wood, había de ver esos inmensos canales que llegan en todos los terrenos metalíferos á 10,000 kilómetros, con lo que se podría hacer una faja á la cuarta parte del globo, y las ruinas de esos antros son una maravilla: montañas desbaratadas, moles gigantescas en tierra, laberintos de granito y de cuarzo, el desórden, la desarticulación, el caos de la piedra, los despojos, la osamenta de los montes gigantescos, vecinos de las nubes.

La Nevada, Calaveras, Amador, Joulumnie, presentan espectáculos nuevos, terribles, de desquiciamiento y muerte. ¡Cuando se abandonan esos trabajos y la soledad impera en aquellos sitios, se ve algo semejante á lo que será el cadáver del mundo en el seno de la Eternidad!

—Bien, muy bien, M. Wood, dijimos todos: un hombre del Kentucky, poeta, eso es más raro que los canales de que se nos habla.

Yo seguía con interés sumo la conversacion de los amigos de Francisco, y ellos me alentaban en mis apuntes, haciendo que éste me tradujese lo que yo no podía entender; pero lejos de molestar á aquellos caballeros, mi curiosidad les complacía, se esperaban á que yo escribiese,

me repetían lo que habían dicho, con suma deferencia y finura.

—Hoy, me dijo el ingeniero, la atención se concentra en la explotación de los placeres subterráneos. El oro no aparece ya en deslumbradoras *pepitas* como en otros tiempos felices. Es muy raro aquel que amaneciendo pobre anochece rico, como sucedía cuando Eldorado.

Los rendimientos son ménos fecundos, y ya no se prestan al romance: en cambio, están permanentemente organizados; esto hace que la población del Estado sea de cerca de un millón de habitantes.

La tierra, como celosa de las minas, abre su seno virgen y convierte en cuento mezquino la fábula preciosa del Cuerno de Amaltea. Las cereales y la vid producen cosechas abundantísimas: el año de 1874 dieron los campos 150,000 hectólitros de vino.

Las maderas se exportan para los más remotos pueblos; 18 millones de kilogramos de lana han producido nuestros carneros, que se crían lo mismo que en Australia, y ya ve, en cuanto á los negocios, algo dirá á vd, Mr. Keen, que se ha estado callado como un muerto.

Mr. Keen dió un tajo al palito que tenía entre sus manos, pronunció un *old rigt* estrepitoso, y habló en estos términos:

“En varios puntos de los Estados-Unidos se produce la plata, aun cuando no todos tengan la nombradía de la Nevada, Utah, el Nuevo México y la parte del Arizona que se relaciona con el Estado de Sonora.

Utah fué ménos explotado que aquellos distritos; mejor dicho, no fué explotado sino hasta 1870, porque el Papa de los Santos, así es llamado el Jefe de los Mormones, odia el

contacto de los gentiles, así llamados á todos los que no pertenecen á su comunión.

Las minas juntas de México, Chile, Perú y Bolivia, no producen lo que una sola mina de la Nevada. Los rendimientos de aquel solo distrito fueron en 1875 sesenta millones de pesos.

La vena más rica descubierta hasta ahora está en Virginia-City, y se llama Comstok.

El descubrimiento y las peripecias de esas minas, aunque no tan estrepitosas como los placeres de oro, pusieron á prueba el carácter del aventurero; muchos de éstos tuvieron que andar entre la alta nieve de las montañas, emprendiendo increíbles trabajos, y muchos murieron con la palabra *Go ahead* (Adelante!) entre los labios. Socavones de 1,200 piés, pozos insondables, todo se intentó y la tierra arrojó tesoros de su seno sobre los atrevidos trabajadores. La cantidad de metal desprendido de solo la mina de Ophir, se calcula en 150,000 toneladas.

El juego de alza y baja de las minas para valorizar sus productos, se hizo objeto de las especulaciones de los banqueros, quienes no solo hacen adelantos al minero sobre los futuros productos, sino que creen esto más fructuoso que las operaciones de descuento, y en este juego, si bien algunos improvisan fortunas colosales, otros, y son los más, se arruinan espantosamente.

No obstante, esa excitacion, ese juego de azar empeña á hombres emprendedores de los Estados-Unidos y de Europa.

Se propala el descubrimiento de una mina ó de una veta, se encarecen sus frutos, se publican opiniones de peritos,

y la prensa echa á vuelo todas las campanas de la publicidad. Ha habido vez que la prometida bonanza se realice: entónces son los grandes paseos, el juego y las orgías, al punto que unos negociantes de Chile tuvieron una bonanza de cerca de un millon de pesos, y al mes no lograron reunir dinero para comprar dos burros en que volverse al puerto.

La charla, la codicia, la prevision, los *anzuelos* para atraer á los incautos, se ponen en juego en aquella lotería peligrosa de que resultan verdaderos desastres.

Los banqueros de San Francisco, más prudentes que otros, hacen generalmente sus préstamos á las Compañías, con un tanto de premio, lo que es ménos expuesto.

Se forma la Compañía, se emiten *Stokes* ó acciones, y la alza ó baja de los *Stokes* constituye el juego.

El Banco de California, que quebró hace poco estrepitosamente. hacia, como ninguno, la alza y la baja de los *Stokes*. Se hallaba á su cabeza el célebre Ralston, que puede citarse como el tipo del negociante americano.

Marinero subalterno, llamó la atencion por su porte y audacia. El banquero Garrison le dispensó su proteccion y le encargó en Panamá de sus sucursales del Banco de San Francisco: en 1855, cuando tenia veinticinco años, Garrison le llamó á su lado y le interesó en todas sus empresas.

En 1864, ya Ralston volaba con sus propias alas, y fundó con esplendor el Banco de California.

Ninguna empresa minera, ni industrial, ni de mejora importante para la costa del Pacífico, dejó de contar con la cooperacion de M. Ralston.

Se valuaba su fortuna en cien millones de pesos.

Su casa es sin duda alguna la más espléndida de Cali-

fornia: tenia constantemente sobre cien convidados á su mesa, y habia departamentos lujosísimos para huéspedes.

Abria para sus amigos las puertas de las elecciones públicas. En las minas, sus indicaciones eran órdenes. Fué padrino y se hizo cargo de la mitad de los costos del Palace Hotel, uno de los primeros del mundo.

Ralston tenia un rival, Mackay, poseedor de una fortuna de setenta y cinco millones de pesos. Es uno de los directores de la mina *Consolidated Virginia, California y Ophir*.

Dos de los asociados de Mackay son de origen tan humilde como el O'Brien y Flood, que empezaron su carrera como dependientes de taberna.

Ralston murió ahogado: cuenta la maledicencia que habiendo determinado suicidarse y verificarlo descaradamente, quitaba á su familia el *derecho de seguros*: entónces fingió una excursion en el mar, y allí borró la huella de su atentado. Juzgo que no sea cierta esta version; pero el cálculo pinta al yankee. San Francisco le hizo funerales como á un monarca. Muchas personas vistieron luto y se pronunciaron notables discursos fúnebres en su honor.

El Banco de California cerró sus puertas, y se consideró tal acontecimiento como una calamidad pública.

El 3 de Octubre de 1875, un telégrama anunció al *Times* de Lóndres que el Banco de California abria de nuevo sus puertas al público.

Hubo hurras, bravos, y contento como en un dia de fiesta nacional: la gente bebía y brindaba en las calles; la multitud rodeaba al Banco como se rodea con entusiasmo un monumento de gloria.

Lo singular en todo esto es que los ingenieros, los mineros, en una palabra, todos los hombres de trabajo de las minas, permanecen como indiferentes á cuanto ocurre al rededor de ellos y sobre sus cabezas, dedicándose con perseverancia extrema á sus ocupaciones.

La dinámica, la química, las ciencias todas, hacen progresos para la más fructuosa extraccion de los metales, y cuando todo parece agotado, se envía la tierra metalífera á Swance, en el país de Gales, y á Friburgo, en donde los más económicos procedimientos sacan partido de los desechos de las minas.

El año pasado y parte del presente han producido las minas todas de la Nevada, entre plata y oro, cien millones de pesos. La Australia, la Siberia y las Américas reunidas, no llegan á esa suma."

Aunque dilatada y no muy amena la relacion de M. Keen, la escuchamos todos con vivo interes, esencialmente en lo relativo á los *Stokes*, que tanto influjo tienen en la sociedad de California.

Quedaron charlando y fumando mis nuevos amigos en compañía de Francisco, y yo me dirigí á mi cuarto, donde me esperaban mis viejos compañeros.

—Comes con nosotros, me dijo Pablo; estarán en nuestra compañía el bravo capitán Heigs y D. Lino Patiño, aquel viejecito español que tanto blasfema contra los yankees.

A la una de la tarde estábamos en el gran *Restaurant* de la calle de Sutter, en el salon inmenso que da á la calle, des-

de donde se ve el mostrador de los marmitones, y donde la servidumbre tiene todos los matices y está en posesion de todos los idiomas del globo.

La mesa albeando, jarrones con flores, jarras con gigantes ramas de apio, unos panes sacados de trozos de masa cuadrada, como grandes zoquetes de madera.

Comimos alegremente: D. Lino me veia de reojo, porque me habia oido elogiar lo que me parece digno de elogio en los americanos. D. Lino es un carlista recalcitrante, bilioso, de ojos verdes, patilla gris, y un fruncimiento de labios que recrudece su palabra y hace incisivas sus malas razones.

—Instruccion pública, instruccion pública, decia D. Lino, que el sol así, que la luna asado, que esa yerba es lanzácea, y no conocen la *O. Ginacio*, hombre, retozo y manoteo, y unos angelitos como unos chivos, y unas niñas como gañanes. . . . y no es eso lo más, sino liebres corridas desde chiquitinas. ¿Union de los sexos? Como el diablo, hombre; cada escuela es una cena de negros. . . . Hombre, por la Santísima Virgen esto es una condenacion!

Yo reia, y D. Lino queria comerme con los ojos; mis amigos le azuzaban llevándole la contra.

—El señor habla como adolorido: que le cuente á vd. su aventura con Lulú.

—Hombre, ese no es cuento de broma, replicó D. Lino; no creo que vdes. quieran que me dé cabezadas contra las paredes.

—Cuenta vd.

—Cuenta vd., repetimos á una voz.

—Pues, señor, yo soy viudo y con tres hijas, cristianas y

educadas á mi modo, gracias á Dios! Vine á esta California ó Calinfierno á recoger unos cuartos de un tio minero.

Don Lino, ¿un paseito por *Cliff-House*?—D. Lino viene á su negocio y no pasea.—D. Lino, ¿una visitadita al Teatro de las Circasianas?—D. Lino no visita, y que esas doncellas se la pasen como puedan.

Un día fuimos á Oklan; esos *ferris* son como demonios, se embaula gente hasta el tope y todo el mundo está de bromilla; yo no soy enamorado, pero tampoco un pedazo de atun: ví á unos amigos con unas señoritas; ¡qué graves y qué circunspectas! una de esas señoritas cargaba un envoltorio enorme: al salir del ferro tomó el tercio aquel en brazos ¡pobrecita! y luego era tan linda. . . . por negada que sea una persona, se comide en tales lances. . . . cargué el envoltorio, ella no sabia palabra de español. . . . tomó un ómnibus, y yo fui, cargando, hasta depositar el bulto en el coche. . . . como no tenia rumbo, allí me quedé. . . . y llevábamos el estorbo aquel entre los dos. . . . *thank you*, muchas gracias, decia ella. . . . y yo contento. . . . llevaba un anillo en mi dedo. . . . ella me tomó el dedo. . . . y á mí se me fué la mano. . . . veia y examinaba el anillo. . . . y decia: *very fine, very nice, esplendide*.—A la órden, señorita, y ¿lo crearán? me lo fué safando del dedo, y ahí te quiero ver. . . . por recobrar el tal anillo, me perdí. . . . á los tres dias éramos amigos. Pero yo dije: "Lino, aquí paras". . . . me informé; aquella no era una mujer pública, era una preceptora de idiomas. . . . Vamos, con mil diantres, sea vd. maestra de mis hijas!

Va á la casa, les enseña este *gury gury*, y á mí ¡pícaro! á decir: "Mi querida señorita, mi esposa," y. . . . ¡quién sabe cuántas tonterías!

Pícales el celo á mis hijas y despíden á la preceptora . . .
Lo perdido, perdido, dije con mi conciencia limpia, y quedamos en paz.

Pero amigos, ¿cuál fué mi asombro, cuál mi espanto, cuál mi estupefacción, cuando me van notificando que me case con Lulú? ¿Yo con Lulú? hombre, si no estoy dejado de la mano de Dios; si poco me falta para tomar una calavera y una disciplina!

—Que se case vd., que no hay remedio, ó cien mil pesos por indemnizacion.

—¿Indemnizacion de qué? ¿qué pedazo de territorio le he quitado á esa furia?

Me llevan á una conciliacion, muestra mi anillo, ríe el auditorio, le digo al asno del abogado que yo no habia tenido dares ni tomares. . . . grito, charlo, nadie me entiende. A los tres dias de esta escena, voy viendo un periódico ilustrado, y allí estaba yo en estampa, sin que me faltara pelo ni señal, debajo de un árbol, dando un anillo á Lulú. Pues, señor, aquello *era causa célebre*: mis hijas empezaron á saber no sé cuántas cosas. Lulú tenia tíos, primos, apoderados, abogados, y todos con las uñas clavadas en M. Lain Pastaino (eso quiere decir Lino Patiño, ese soy yo), que bufaba por estas calles. ¿Pero una prueba? La ley quiere que se esté al simple dicho de la mujer.

—¿Pero si yo no tengo aliento ni para verme?—Que afiance Mr. Pastaino.

—Hombres, pero si yo nada he afianzado ni quiero afianzar.

Entre tanto mis retratos volaban por el orbe: ya viene un *reporter* con quien me doy de puñetazos por venirse á

meter en lo que no le importa; ya quiere un fotógrafo sacar ejemplares de mi individuo, en no sé cuántas actitudes; ya un frenólogo me quita el sombrero en la calle para reconocirme *la amativité*, y yo por aquí riño, por allá bufo, y por todas partes reniego, muriéndome de vergüenza al entrar en mi casa y encontrar á mis hijas con mi retrato y el de Lulú, como dos tórtolas, en el periódico!

Para no cansar á vd., la mitad de la herencia del pariente, se fué en pitos y flautas de jueces y escribanos, y en pagar á Lulú su inocencia, que llevaba tres *gachupines* desplumados!!

Descúidense vdes., descúidense; hagan lo que en México, diciendo palabritas, dando anillos y haciendo protestas á la primera que pasa, y les dan una secuestrada que el alma les arda.

Aplaudimos á D. Lino, y apuramos por su salud nuestra última copa.